

PATRIMONIO: ¿LEGADO PELIGROSO PARA LA SIGUIENTE GENERACIÓN?

Por Rosa Nelly Trevinyo-Rodríguez, Candidata Doctoral del IESE

¿Se ha preguntado alguna vez cuánto de su patrimonio irá a parar a sus hijos? Si la respuesta ha sido un automático "¡todo!", tenga cuidado: podría estar haciéndoles un mal a sus herederos. Planificar cuánto, cómo y cuándo traspasar el patrimonio familiar a los sucesores es una de las decisiones más importantes, no sólo de nuestras vidas, sino de las de nuestros hijos, ya que de ello dependerá su futuro desarrollo profesional y personal, así como su nivel de felicidad.

La herencia puede convertirse para los miembros de la Siguiete Generación tanto en una bendición como en un suplicio. Generalmente, como padres, pensamos que estamos haciendo un bien a nuestros descendientes al procurarles una vida llena de comodidades, de posibilidades profesionales diversas y de una posición social acomodada. Sin embargo, aun cuando transferir el patrimonio a nuestros hijos puede "comprarles" durante algún tiempo una vida económicamente aliviada –sin las tensiones de llegar al final del mes con su propio sueldo–, también puede hacer que herederos emocionalmente inmaduros pierdan el interés por el trabajo, por los retos y por su carrera profesional, repercutiendo en sus vidas personales. Total, si ya tienen la vida arreglada... será fácil dedicarse a vivir bien sin ningún tipo de obligaciones.

No obstante, el no tener retos económicos y emocionales relevantes puede hundir al miembro de la Siguiete Generación en un círculo vicioso que podría dañar seriamente su autoconfianza, autoestima y madurez, devaluando el compromiso personal que pudiera demostrar en su carrera profesional y en sus relaciones personales. Podría llegar a sentirse "solo", y muchas veces "cansado" del tipo de vida que lleva.

¿Quién no ha oído alguna vez cómo tal o cuál famoso se ha casado y divorciado tres o cuatro veces, se ha visto envuelto en líos de drogas, malas compañías o incluso en algún intento de suicidio? La pregunta que todos nos hacemos es ¿por qué? ¿Cómo es posible que personas que lo tienen "todo" hagan de su vida un completo desastre? La mayoría de nosotros tendemos a pensar que, si gozáramos de un patrimonio económico suficientemente grande, nuestros problemas desaparecerían y todo sería "miel sobre hojuelas", y que la felicidad florecería en nuestras vidas para siempre. Sin embargo, las responsabilidades y obligaciones que conlleva una dotación económica de esas proporciones pueden multiplicar también nuestros dilemas, no sólo los económicos, sino también los psicológicos y personales.

¿Qué haría si se le tocara la lotería? Mucha gente contesta esta pregunta con un enfático "Dejaría de trabajar y me divertiría". La cuestión es: ¿Y luego? ¿Qué pasaría cuando ya tuviera suficiente

ocio y libertad? Es innato a la naturaleza humana querer siempre más y considerar que más es mejor. Supongamos que a usted le gusta muchísimo el chocolate, y al tocarle la lotería, compra toneladas. ¿Qué pasará cuando esté completamente saciado? Llegará un momento en que lo aborrecerá y que ya no querrá más. Y no sólo será porque ya no lo "desea", sino que no lo "deseará" más porque ya lo tiene al alcance. Se ha acostumbrado a tenerlo cerca y a no "luchar" por obtenerlo. Su nivel de adaptación ha cambiado. Como ya tiene chocolate, querrá cambiar y probar otra cosa.

Lo mismo les sucede a las Sigüientes Generaciones cuando lo tienen "todo". Quieren "probar" nuevas experiencias. Si se han puesto las estructuras para que puedan hacerlo de forma positiva – encontrando una idea innovadora de negocio o comenzando una fundación con impacto social, por ejemplo–, pueden resultar una gran contribución al patrimonio y al sentido de unidad. Pero si no se les presta la adecuada atención, sus actividades pueden derivar en hábitos insanos que pongan en peligro su propio desarrollo y el de futuras generaciones de la empresa.

Toda persona debe experimentar retos alcanzables que le hagan sentir orgullosa del trabajo realizado, del tiempo invertido y sobre todo, que demuestren a los demás lo que uno puede y sabe hacer. Cuando una persona hereda cantidades de dinero que podrían solucionar su vida y las de sus hijos, nunca sabe si podría haber sobresalido y sobrevivido por sus propios medios. Es decir, nunca está segura de si, sin el legado familiar, podría haber sido realmente exitosa. Su autoeficiencia como persona–percepción de que pueden hacer que las cosas sucedan y salgan bien– se ve distorsionada. Del mismo modo, cuando los hijos no están preparados (maduros) para recibir la herencia sienten ansiedad y desesperación porque se ven incapaces e inexpertos para manejarla.

Ante una sociedad que pregona la perpetuación del patrimonio familiar, es difícil admitir que uno, como miembro de la Sigüiente Generación, tiene problemas –no sólo económica sino psicológicamente– para manejar la riqueza. ¿Cómo reaccionaría usted si alguien financieramente sólido le comentara que tiene problemas para manejar el dinero que posee y que emocionalmente no sabe si podría haber triunfado sin él? Seguramente reaccionaría con el consabido "¿Problemas? No tienes idea de lo que son los problemas... Existe gente que no tiene ni para comer... ¿Pero tú? ¡Tú no tienes problemas!".

Así las cosas, ¿cuándo conviene transferir el patrimonio a los hijos? ¿En qué condiciones? ¿Cómo promover el desarrollo de los hijos como personas independientes del legado familiar pero a la vez involucradas en el sueño y el negocio familiares?

Uno de los retos y responsabilidades que tienen los padres al organizar la distribución del patrimonio familiar es el visualizar cómo dosificar la riqueza para que sus hijos puedan asimilarla. De hecho, lo ideal sería transferir a nuestros hijos lo "suficiente" para que puedan vivir tranquilamente y ejercer la profesión que les guste, sin que este "suficiente" sea tanto que les dé la oportunidad de vivir sin hacer nada productivo con sus vidas. ¿Donde está el término medio? Cada familia tiene uno. Los padres tienen la prerrogativa de decidirlo. Los fideicomisos y las herencias parciales en vida pueden ser instrumentos útiles para evaluar cómo reaccionan nuestros hijos ante la riqueza, de manera que podamos planear y corregir el camino futuro.

La comunicación, la transparencia y la educación en temas de riqueza son fundamentales para que la Sigüiente Generación pueda manejar el impacto que conlleva administrar el patrimonio. Hablar abiertamente sobre las finanzas familiares ayuda a que los miembros de la Sigüiente Generación estén enterados de cómo se genera el dinero que tienen y a dónde suele ir a parar. Esto evita la

sorpresa y la ansiedad que suele provocar la llamada del abogado cuando los padres se han ido. Saber qué se tiene, concienciarse de cómo hacerlo crecer y contar con las herramientas necesarias para llevar a cabo proyectos desafiantes eleva la autoestima de la Siguiete Generación, contribuyendo a eliminar el sentimiento de inseguridad.

Si los hijos saben cómo multiplicar el dinero, sabrán que pueden sobrevivir sin el legado familiar (herencia) y, por tanto, tendrán más confianza en su propia eficacia como personas. Si no los dejamos actuar, trabajar y esforzarse, llegará el día en que se encuentren con la cruda realidad de que nunca han sido productivos, que jamás han sabido lo que es ganarse un sueldo y tampoco lo que es quedarse sin él. A veces, es necesario cerrar el grifo y dejar que espabilen por sí mismos. Sólo así apreciarán el trabajo tanto de la familia como de los empleados familiares. Además, experimentarán en carne propia el deseo de salir adelante, de comerse el mundo y de demostrar que pueden hacer las cosas. En cierto sentido, trabajar los vuelve más humanos, más comprensivos y más sanos.

Asignar un estipendio mensual o anual, hacerles responsables de su uso y cumplir la regla de "no habrá más hasta que toque el siguiente pago", ayudará a que la Siguiete Generación sepa cuáles son las consecuencias de no administrarse bien –tener que trabajar para cubrir el déficit–. Recompensarles por adquirir cierto estándar laboral, por conseguir tal o cual cosa, ayuda a crear "incentivos" psicológico-familiares para indicarles que el desempeño y la consecución de objetivos no sólo es importante, sino que forma parte de su crecimiento como personas emocional y psicológicamente sanas.

Ciertamente, no existe un manual que diga cómo distribuir nuestra riqueza, pero existen bastantes instrumentos financieros que nos ayudan a organizarla, dosificarla definiendo cuánto, cómo y cuándo utilizarla.

Por último, es fundamental que, como padres, promovamos dentro de la familia los conceptos básicos de amistad, entendimiento, comunicación y tiempo familiar compartido, ya que es precisamente sobre estas nociones sobre las que se debe sustentar nuestra percepción de la felicidad. Cuando basamos nuestro bienestar familiar en activos materiales –que sin duda son importantes, pero sólo hasta cierto punto– nuestras percepciones lógicas nos indican que más debe ser mejor. Sin embargo, en cuestiones familiares, más riqueza no es siempre sinónimo de más felicidad para la Siguiete Generación. Al contrario, puede echarla a perder. Como advierte el Dalai Lama en su libro "The Path to Tranquility", sólo aquello que es valioso por sí mismo y que se perpetúa de por vida es lo que vale la pena acumular.

"Una persona muy pobre y desvalida puede pensar que sería maravilloso tener un automóvil o una televisión, y que por ende debería comprarlos; al principio se sentiría muy feliz. Ahora si esta felicidad fuera realmente algo permanente, permanecería por siempre. Pero no es así; desaparece. Después de algunos meses, la persona desea cambiar de modelo. El viejo modelo de automóvil o televisión, los mismos objetos que causaban felicidad, ahora causan insatisfacción".

The Path to Tranquility: Daily Meditations by the Dalai Lama, Dalai Lama, Editor Renuka Singh. Viking: NY. 1999, p. 175.